

Andrés Carrión

# Los **MALtínez**

Maldades en familia



Ilustraciones de Pablo Tambuscio





1

## LOS MALTÍNEZ

La gente cree que tener superpoderes mola... Y es cierto. Pero lo que no mola nada es que sea tu familia la que los tenga. Por ejemplo, ahí, en la cocina, está mi padre, Evilio, preparando el almuerzo: sándwich de queso con mermelada de fresa y pan sin corteza para mi hermana pequeña, y un bocata de jamón serrano para mí. Pero, al mismo tiempo, también está en el piso de abajo, trabajando en su laboratorio científico mientras una de sus réplicas conduce hacia el centro comercial y otra más trabaja en una gasolinera. Le digo adiós a mi padre (el de la cocina) y vuelvo a repetirle adiós cuando desciendo por la escalera y lo encuentro, de nuevo, en el laboratorio.

–¡Que vaya bien el día, chicos! Y ya sabéis: no le prendáis fuego al colegio ni nada de eso –nos dice sin apartar la mirada de su actual experimento (la miniaturización de cosas).

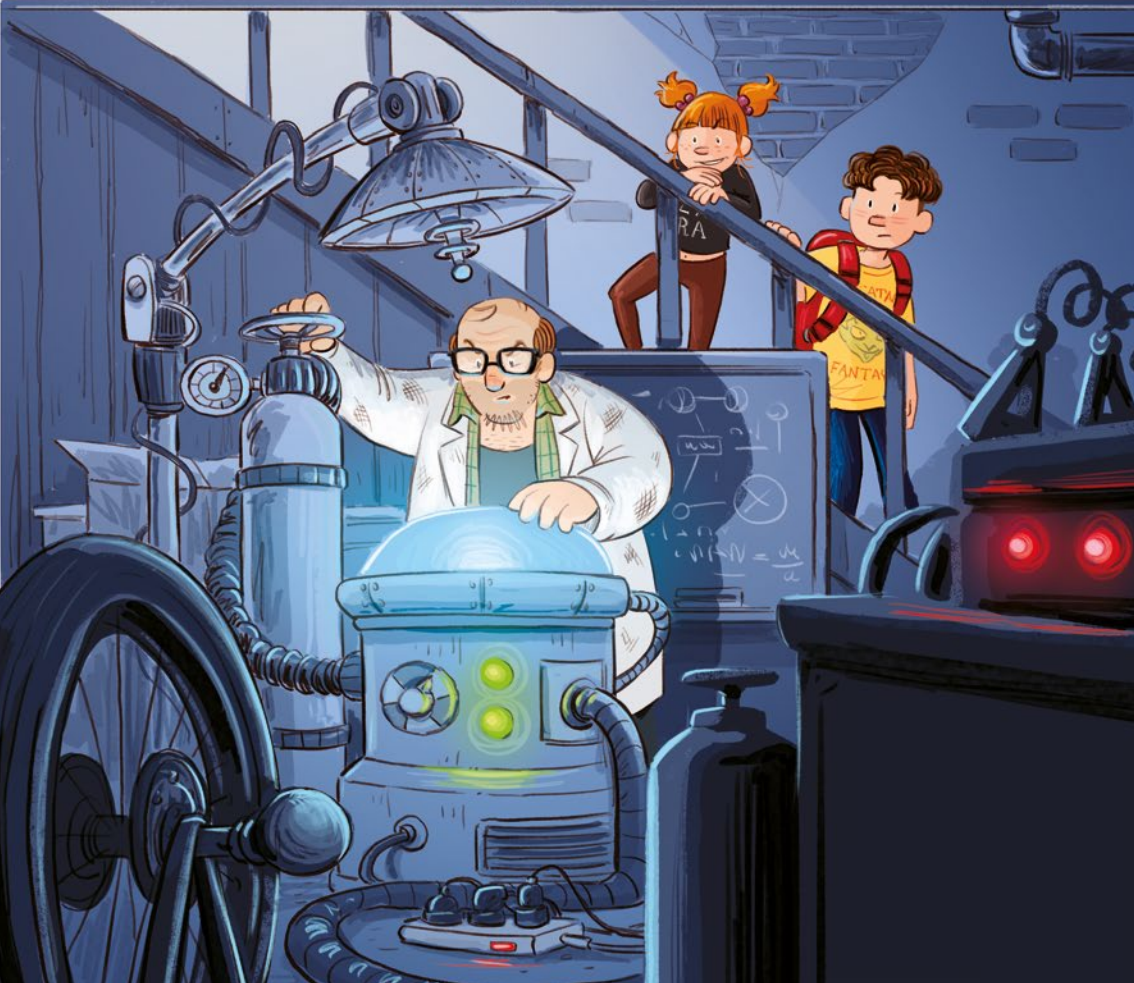
Antes, cuando yo era hijo único (y qué poco me duró), fue la teletransportación y, mucho antes de que yo naciera, la invisibilidad. Ese fue, al parecer, el motivo

por el que lo expulsaron de la universidad donde trabajaba: hizo desaparecer un edificio entero. Aunque realmente no lo hizo desaparecer: solo lo volvió INVISIBLE.

Cuando el director de su departamento le dijo: «Vale, muy bien, Evilio; ahora, por favor, hazlo visible de nuevo», mi padre no supo cómo hacerlo. Al final, acabaron demoliendo el edificio, y, desde entonces, todas las universidades le han cerrado las puertas. Lo apuntaron en una especie de lista negra junto a otros científicos locos, y por eso trabaja de lo que puede o de lo que le dejan. Pero, aun así, continúa dedicándose a la ciencia en el laboratorio casero que tiene instalado en el sótano.

Guardamos nuestros almuerzos y descendemos las escaleras. De camino, se nos cruza nuestra mascota, que se llama Flashback y tiene la maldita manía de andar hacia atrás. «¿Es un perro o un gato?», puede que os estéis preguntando. La verdad es que ni siquiera yo lo tengo claro. Es un mamífero, eso sí. Mi madre, también científica (cómo no), está doctorada en manipulación genética y, al parecer, Flashback fue el resultado de uno de sus primeros experimentos. Según dice ella, Flashback tiene un 40 % de ADN de perro, un 40 % de ADN de gato y un 20 % de ADN indeterminado de... otros animales (como conejo, hámster, ardilla, hurón, etc.).

Las pocas visitas que vienen a casa alucinan cuando lo ven. Sobre todo cuando camina hacia atrás como si tal cosa. Se puede decir que... ¡ese es su superpoder!



# POF!

Cuando salimos por la puerta, aparece nuestra madre, Eva. Se teletransporta como si fuera lo más normal del mundo (y realmente para ella lo es). Ahí está, lista para un nuevo día; lleva el pelo mojado porque acaba de salir de la ducha y no le ha dado tiempo a secárselo.

–No te olvides la chaqueta, Zara –le recuerda a mi hermana. Sí, lo sé, se llama igual que una famosa marca de ropa.

–Jo, mamá, no tengo frío.

–Póntela, por si acaso...

Y mi madre se la coloca encima, aunque ella no quiera.

–Marco, ¿has hecho los ejercicios de mates?

–Claro –le respondo–. ¿No vienes con nosotros?

–Hoy entro más tarde y, además, quiero aprovechar el silencio para terminar de corregir unos exámenes...

Mi madre es profesora... ¡en nuestro mismo colegio! «¡Qué suerte!», diréis. Pues de eso nada. Porque nuestros profesores son sus amigos y se lo chivan todo.

No siempre ha trabajado en la enseñanza. Antes estuvo en un importante laboratorio, pero lo dejó porque se estaba convirtiendo en una fría probeta. Buscaba más contacto humano. Así que ahora es profesora. Aunque, como suele decir, bromeando, nadie la avisó de que trataría con animales. Adolescentes, pero animales, al fin y al cabo.

Zara y yo salimos por la puerta. Fuera hace un poco de frío; se nota que el otoño ha llegado y que el verano solo es un fugaz recuerdo.

–¡Que tengáis un buen día! Y tú, Marco, cuida de tu hermana.

–No necesita que la cuiden –protesto.

–Eso es verdad –replica ella con una mirada burlesca–. Pero tranquila, mamá. Si se meten con Marco..., yo lo defenderé.

¡Será borde! ¿Cómo puede tener tan mala leche con lo pequeña que es? Es como si se hubieran juntado la niña del exorcista y la muñeca Annabelle en una misma persona.

–Ya te he dicho que...

–Sí, ya sé... –Y repite lo que mis padres le recuerdan cada día–: ¡Nada de usar mis poderes en público!

Pues sí: Zara, mi hermanita de ocho años, también tiene superpoderes. Aunque aún no los controla, y por eso hizo arder la tarta de mi décimo cumpleaños (ella dice que fue sin querer; sí, ya, claro...).



En cuanto nos alejamos de mi madre, mi dulce hermanita cambia su discurso, igual que un político al salir elegido.

–Tranqui, Marco. Si alguien te pega, no me meteré. No quiero que pases vergüenza... –se sonríe malévolamente–. Además, mamá no quiere que use mis poderes. ¡Huy, qué pena!

Eso ya le va más.

Caminamos hacia el cole, que está a pocos metros de casa. ¡Qué suerte la mía!, ¿verdad?

Y ahora viene la gran pregunta que todo el mundo se hace: «Y tú, Marco, ¿qué superpoder tienes?».

La respuesta es que... ¡no tengo ninguno! A que mola, ¿eh? (Modo irónico *on*).

Veréis, hay una explicación: mis padres no nacieron con superpoderes. Todo fue a causa del accidente (*el incidente*, lo llamamos) que se produjo cuando realizaban un experimento científico en el sótano.

En aquella época, mis padres trabajaban en el prototipo de una cabina de teletransporte. Cuando ocurrió *el incidente*, mi padre estaba fuera de la cabina, y mi madre, que lo ayudaba en ese momento, estaba dentro; al parecer, hubo una sobrecarga en la red eléctrica (era una tarde tormentosa, cayeron miles de rayos por toda la ciudad) y eso provocó que... ¡las moléculas de ambos se vieran afectadas! Desde entonces, mi padre es capaz de multiplicarse, generando copias

exactamente iguales de sí mismo, mientras que mi madre puede teletransportarse en el espacio a voluntad.

«¿Cómo es que Zara consiguió los suyos?», os preguntaréis. Pues porque, cuando ocurrió *el incidente*, ella estaba en la barriga de mi madre. ¡Menuda suerte, eh! Así que ella Sí nació con superpoderes. Menos mal que ni puede generar copias (¡imaginaos a docenas de Zaras!) ni tampoco teletransportarse (adiós a mi privacidad en el baño). Su poder consiste en dominar el fuego (lo cual es un auténtico misterio), pero no puede crearlo de la nada (menos mal). Por eso, siempre que asiste a un cumpleaños, intentamos alejarla de la tarta cuando toca soplar las velas...

Incluso Flashback, nuestra mascota, se vio afectado por *el incidente*, y por eso camina de esa manera tan peculiar.

¿Sabéis dónde estaba yo cuando *el incidente* cambió a mi familia para siempre? Pues ese día, en el cole, teníamos una actividad extraescolar: la visita a una fábrica de refrescos. Yo esperaba que, al menos, nos invitaran a uno, ¡pero no! Solo nos explicaron el proceso: «El refresco sale por aquí. Se llenan miles de botellas. Se les pone el tapón. Se meten en camiones y luego se venden». ¡Apasionante! Y, mientras tanto, el ADN de mi familia se alteraba de forma irreversible.

¡Lo único alucinante que ocurre en mi casa, y voy y me lo pierdo! ¡Qué cruel es el destino!



Ahora, Zara se burla de mí todos los días por ser un pringado sin superpoderes. Aunque mi madre me anima diciendo: «Al clavo que destaca, le van todos los martillazos». Creerá que eso me consuela. ¡Jo, yo también quiero ser especial!

Pero aún no os he contado lo mejor. Pensaréis que, como tienen superpoderes, los miembros de mi familia son superhéroes, ¿verdad? Pues no. Error. Para colmo, son unos malditos... ¡supervillanos!





2

## LOS BUENDÍAZ

Al salir, nos cruzamos con nuestros vecinos: los Buendíaz. Son el prototipo de familia perfecta. «¿Por qué no nacería enfrente?», me pregunto a veces. Aunque, en ese caso, su hija, Alicia, sería mi hermana, y eso sería un poco... raro.

Ella es..., ¿cómo decirlo?, per-fec-ta. No le sobra ni le falta nada. Guapa, simpática, inteligente, dulce, etc. Vale, ya lo dejo. Se nota que me gusta, ¿verdad? Pero solo un poco.

–Mira –Zara me da un codazo que casi me rompe una costilla. ¿Cómo puede tener un codo tan puntiagudo?–, por ahí va tu *noooviaaa...* ¿No le dices nada?

Y se echa a reír. Sabe que me gusta y se burla.

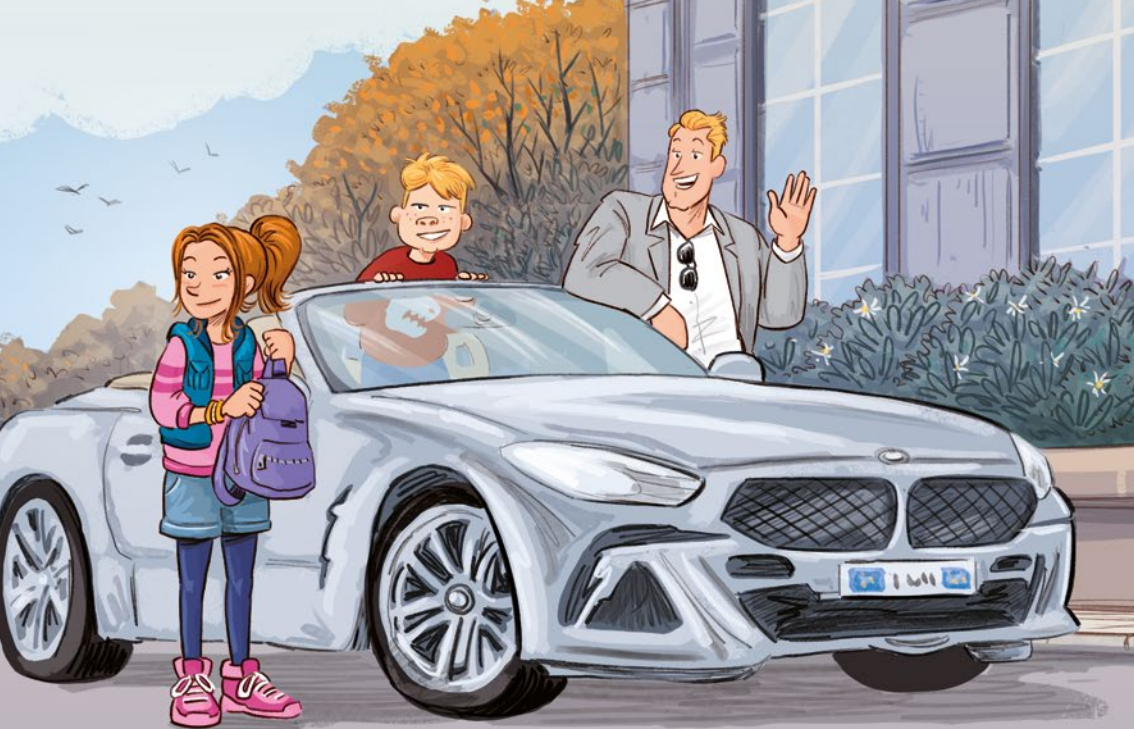
–Pues... ¡por ahí va el tuyo! –contraataco, y le señalo a nuestro vecino, Daniel, el hermano pequeño de Alicia.

–¡No tiene gracia! –responde Zara, visiblemente molesta–. Un día haré una barbacoa con su cara, y después le...



Sigue diciendo más barbaridades. Le recuerdo que no puede usar sus poderes en público (y menos con los vecinos).

A veces, al mirar a los Buendíaz, pienso que son como nosotros, pero... en versión guay. Para empezar, su padre, Víctor, es supermajo, está cachas y tiene un pelo perfecto, al contrario que mi pobre padre, cuya cabeza parece un coco pelado (él dice que de tanto pensar. Sí, claro). Además, tiene un buen trabajo: sale por la tele; concretamente, en los telediarios. Bueno, en realidad, no es el presentador de las noticias, sino el... ¡hombre del tiempo! Mi padre dice que tampoco hacen



falta tres ingenierías para desempeñar ese curro. Me da que le tiene envidia porque Víctor sale por la tele y, a veces, hasta firma autógrafos a algunas mamás del cole.

Además, nuestro vecino siempre acompaña a sus hijos al colegio antes de ir al estudio. En cambio, mi padre, que puede multiplicarse, nunca lo hace. ¿No podría usar una réplica? Solo le llevaría diez minutos. Es verdad que, a veces, cuando el horario le coincide, nuestra madre viene con nosotros. Pero muchos días vamos y volvemos solos.

Una vez se lo pregunté a mi padre, y me dijo que no quiere volvernos unos inútiles y que ya soy mayor

para ir acompañado. Es verdad que dentro de pocos días cumpliré trece años.

Alicia me saluda. Sin poder evitarlo, me pongo rojo y le devuelvo el saludo.

–Deja de mirarla tan embobado –me suelta Zara.

–¿Qué dices...? Si yo no... –balbuceo un poco.

–Venga, le voy a decir que te gusta...

–¡¿Qué?! –Ante la posibilidad de que lo haga, me pongo pálido y empiezo a sudar–. ¿¡Estás loca!? ¡Ni se te ocurra!

–¡Jo, qué pringado eres! Si solo era una broma...

–¡Hola, chicos! ¿Cómo va eso? –nos saluda Víctor.

–Esto..., bien –respondo.

–El otro día dijiste que iba a hacer sol, y al final llovió –le suelta Zara a modo de saludo.

–Bueno, incluso con los satélites es difícil hacer predicciones, porque hay muchos elementos impredecibles, ya que las borrascas...

–¡Sí, lo que tú digas! ¡Me piro! –le contesta mi hermana, y lo deja con la palabra en la boca para largarse con sus amigas.

–¿Siempre es así? –me pregunta mi vecino, sorprendido.

–Sí, no se lo tome como algo personal. Hoy Zara tiene... un mal día –trato de justificarla. Pero sí, ella es exactamente así, y a veces incluso peor. Solo es cuestión de tiempo que lo descubran.

–Bueno, suerte en el examen –le dice a su hija antes de subirse a su deportivo descapotable y desaparecer de nuestra vista. El plató de televisión lo espera.

Alicia se acerca más a mí. Su pelo huele a champú. ¿Es aroma de coco o de piña? ¡Hasta su champú huele mejor que el nuestro!

–¿Me estás olfateando el pelo?

–Nooo, qué va...

Uso mi famosa táctica: cambiar de tema.

–¿Cómo llevas Lengua?

–Pues, bien, ahí sigue... Dentro de la boca...

–Me refiero a...

–Sí, ya sé lo que quieres decir, Marco. ¿Has repasado los verbos irregulares? Yo estoy supernerviosa, creo que no me los sé todos.

Sonrío porque siempre dice eso y luego saca sobresalientes. Forma parte de su encanto.

–Seguro que apruebas –le digo, muy convencido.

–¿Y tú? ¿Qué tal lo llevas?

–Bien, seguro que también apruebo.

Y es verdad: no saco grandes notas, pero nunca suspendo.

La miro y pienso en cómo me gustaría formar parte de esa familia, todos bien avenidos. Sin locos experimentos, sin secretos, sin superpoderes, sin mascotas extrañas que se te enredan entre las piernas porque caminan al revés. Donde lo que ves... es lo que hay:

gente normal y corriente con una vida tranquila. ¡Por favor, adoptadme ya!

Entramos en el colegio. Zara y sus amigas se dirigen hacia su clase, y Alicia y yo seguimos hasta la nuestra. Ella se sienta en la primera fila. Yo voy a mi asiento, al final del aula.

–¿Qué tal? –me pregunta Lucas, mi mejor amigo, mientras termina de hacer un dibujo en... mi mesa. Es un elfo oscuro ataviado con túnica de nigromante y con runas tatuadas en la cara. Otra vez usa rotulador permanente. ¡Genial! ¿Por qué no decora con su arte su propio pupitre?

–Al menos mi padre todavía no ha volado el sótano –le contesto–. ¿Te sabes el examen?

–¿Era hoy? ¿En serio? –Se lo piensa un poco y añade–: Esto... ¿Qué entraba?

No debería pasarse todo el día jugando a videojuegos, pero su sueño es convertirse en *gamer* profesional y dejar los estudios. Aunque, a juzgar por su *arte*, quizá tenga más futuro en algún oscuro salón de tatuajes. Siempre que haya alguien a quien le vayan los elfos chungos con *tatus* de runas, claro...

El timbre suena. Otro aburrido día por delante.